

Libertad



Domingo 23 del tiempo ordinario

Lucas 14, 25-33

En aquel tiempo, mucha gente acompañaba a Jesús; Él se volvió y les dijo: Si alguno viene donde mí y no pospone a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío. El que no lleve su cruz y venga en pos de mí, no puede

ser discípulo mío. Porque ¿quién de vosotros, que quiere edificar una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, y ver si tiene para acabarla? No sea que, habiendo puesto los cimientos y no pudiendo terminar, todos los que lo vean se pongan a burlarse de él, diciendo: “Este comenzó a edificar y no pudo terminar.” O ¿qué rey, que sale a enfrentarse contra otro rey, no se sienta antes y delibera si con 10.000 puede salir al paso del que viene contra él con 20.000? Y si no, cuando está todavía lejos, envía una embajada para pedir condiciones de paz. Pues, de igual manera, cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío.

Reflexión

En la segunda lectura de hoy (Filemón 9b-10. 12-17), San Pablo enfoca un problema muy real y difícil del cristianismo primitivo: **la esclavitud**. Muchos cristianos eran esclavos. Y en aquel tiempo el esclavo jurídicamente no era una persona, sino un objeto, de quien su amo podía disponer absolutamente.

En su epístola, San Pablo no deroga estas leyes, sino que hace que el esclavo Onésimo vuelva junto a su amo. Pero desde que es convertido por Pablo, no sólo es un esclavo, sino también un hermano en Cristo.

La nueva relación con Dios, por el Bautismo, crea también una nueva relación con el prójimo, fundada en el amor. Así San Pablo establece la base de la dignidad del hombre y, sobre todo, de la libertad del cristiano.

Hoy como en el cristianismo primitivo, hay esclavitud y falta de libertad en sus muchas formas, en todo el mundo: reducción y opresión de la libertad personal, social, religiosa, económica y política.

Por eso también el anhelo de libertad es muy fuerte en nuestro tiempo, en todos los hombres y pueblos, sobre todo en la juventud. La libertad es el bien supremo del hombre, raíz de su personalidad y dignidad humana.

Esta libertad humana puede existir y desarrollarse sólo sobre el fundamento del cristianismo, del amor fraternal, de la justicia social. En ese sentido, la respuesta de San Pablo en la lectura de hoy, da también la única solución para nuestro tiempo: sólo el amor, y la justicia cristiana nos permiten pasar de la esclavitud a la libertad.

¿En qué consiste, entonces, la libertad cristiana? El Padre José Kentenich, Fundador del Movimiento Apostólico de Schoenstatt nos dijo muchas veces que la libertad cristiana es:

- Ser perfectamente libre de todo lo contra-divino, a fin de ser totalmente libre para Dios.
- Ser libre de algo, para ser libre para alguien.

La verdadera libertad no es, por eso, la libertad humana, la libertad exterior, sino la libertad interior. Y muchas veces el hombre realmente libre se manifiesta en situaciones de falta de libertad exterior: pensemos p.ej. en los mártires de todos los tiempos.

Por eso, si queremos ser libres, tenemos que luchar contra nosotros mismos, debemos conquistar nuestra libertad. No seremos libres mientras estemos todavía atados - con lazos incontrolados - a una sola cosa o a una sola persona. No son las cosas las que se atan a nosotros, sino somos nosotros quienes nos atamos a las cosas. Nos entregamos a ellas como esclavos.

En este contexto debemos ver también el Evangelio de hoy: “Si alguno se viene conmigo y no pospone a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío”.

Cristo nos revela la condición básica para seguirle: amar a Él más que a la propia familia. Todo lo que se presenta como un obstáculo en el seguimiento de Cristo, debe ser eliminado sin contemplaciones, trátase de los vínculos más legítimos o de los bienes más grandes. Sólo así puede nacer en nosotros la verdadera libertad cristiana.

Dice un maestro de la vida espiritual (Michel Quoist): *“Si nos sometemos a la voluntad de nuestro instinto, tenemos una ‘libertad’ de animal. Si nos sometemos a la voluntad de nuestro egoísmo, de nuestro orgullo, de nuestro corazón, tenemos una libertad de hombre limitado por el pecado. Si nos sometemos a la voluntad de Dios, tenemos una libertad de hombre divinizado, libertad de hijo de Dios”.*

Porque la verdadera libertad se presenta en la obediencia a Dios: por medio de la Iglesia, de los superiores, del deber de cada día, de los acontecimientos que nos interpelan. Libertad verdadera es, por eso, libertad vinculada, vinculada al deseo y la voluntad de Dios.

Sólo Dios es enteramente libre. En la tierra, el hombre más libre es aquel que más cerca está de Dios, aquel que está más unido con Él, el más santo.

Queridos hermanos, pidamos por eso al Señor que nos dé, en esta Eucaristía, la gracia de renunciar al pecado, romper los lazos incontrolados, cumplir la voluntad del Padre. Así crecerá en nosotros, más y más, la verdadera libertad cristiana, la libertad de los hijos de Dios.

¡Qué así sea!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt